



# EL IRIS.

SUPLEMENTO AL N. 21 DEL 27 DE JUNIO.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS

**SOBRE ANTONIO PEREZ,**  
SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FER-  
DINANDO VII.

### ARTICULO 13.º (1).

Pocos atractivos podía ofrecer á Antonio Perez su estada en Bearne. Objeto de atenciones y de importuna curiosidad, se hallaba harto cerca de la frontera para no temer á veces por su vida. Las noticias que le alcanzaban de España no eran propias para tranquilizar su ánimo inquieto, ni ablandar los pesares de la emigracion. Su mujer, Doña Juana Coello, seguía en prision estrecha y dura, bajo la vijilancia del implacable presidente de Hacienda que atizaba reales resentimientos contra el desventurado proscrito. Rodrigo Vazquez de Arce animaba al conde de Chinchon, que con mal intencionada solicitud averiguaba el origen de las sublevaciones de Zaragoza. Continuaba el Santo Oficio el proceso comen-

zado, recibiendo nuevos testigos y dando cabida á nuevas probanzas. Por otra parte, como heredero del cargo y fortuna de Antonio Perez, se presentaba don Juan de Idiaquez. Grave y compuesto, pero osado y ambicioso, queria el novel ministro, para asegurar su posicion, perder de todo punto al magnate que le precediera: debíale antiguos favores, pero conservaba quejas antiguas; y el viento de la corte corría ya decidido contra el que, públicamente y sin defensa, era acusado de traidor y apóstata luterano.

Despues de la muerte del Justicia habia dado un pregon don Alonso de Vargas, ofreciendo considerable cantidad por las cabezas de algunos gefes del último motin, y prometiendo, en nombre del monarca, seis mil ducados por la persona de Antonio Perez. No faltó quien, animado por la ganancia, se hiciese mercader de sangre ajena. Descubriéronse tratos para arrancar de Francia al emigrado; y los regalos de ámbares, caballos y oro se habian prodigado para facilitar la empresa. Algun personaje vino espresamente de Zaragoza con este

Véanse los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 21.

TOMO I.—22.



fin ; algunos destierros decretó Catalina de Borbon para alejar el peligro que recelaba.

Vivia en medio de los Pirineos una dama hermosa y gentil , rica de prendas personales , pero de caracter raro y voluntarioso. Amazona en la caza, corria los montes en su caballo buscando á las fieras en cavernas y rocas: seguida de sus criados , caminaba sin temor entre las breñas, donde mas de una vez habia ejercitado su estravagante valentía. Fuera casi siempre de las ciudades, vivia aislada en su orgullo, sin buscar comunicacion ni trato. Llegaron algunos gentiles hombres á su soledad , y tras largas y diestras insinuaciones le ofrecieron diez mil escudos y seis soberbios caballos andaluces , si, enamorando á Antonio Perez, le entregaba un dia , ó le dejaba arrebatar cuando en la casa la acompañase. Lisonjeada por las ofertas ó seducida por la curiosidad, aceptó la señora facilmente el encargo que se le hacia. Trasladándose á Pau , trabó muy pronto estrechas relaciones con el magnate emigrado. Visitábale en su mismo aposento , y los lacayuelos iban y venian con regalos y amorosos billetes. Mas la que quiso engañar fué la engañada: fingió amor y lo sintió poderosamente al fin. Alicionada á Antonio Perez con toda la vehemencia de su indómito character, descubrióle las intrigas que para perderle se multiplicaban , ofreciéndole

dole apasionada su casa , sus bienes y su vida.

El célebre Gaspar de Burces, que tanta parte tomara en los movimientos de Zaragoza , fué denunciado á la princesa Catalina y preso por su orden en Burdeos. Acusábasele de criminales proyectos contra la persona de Antonio Perez y encontráronse facilmente las pruebas de su delito. El mismo habia ofrecido espontáneamente su persona para envenenar al ministro refugiado ; y con este objeto mantenía correspondencia con el virrey de Aragon. En pago de su inícuo proceder, demandaba ámplio perdon para volver á España y guantes de oro , y ducados y preséas. Apenas interrogado por el tribunal, declaró el miserable el tratado que habia hecho, siendo condenado á muerte en virtud de su confesion misma. Cuando iba á ejecutarse la sentencia , pasaba por Burdeos Antonio Perez acompañando á la princesa de Bearne: entregáronle un memorial del reo en que , como á parte ofendida , le demandaba el perdon: otorgólo sin tardanza , y pidió al mariscal de Marignón la gracia del delincuente. Catalina, ante quien humildemente yacia arrodillado el criminal suplicante , volviósse al ministro español , encargándole que reflexionase atentamente lo que pretendia: renovó Perez sus instancias y Gaspar de Burces fue puesto en libertad.

Entretanto no podian acostum-



brarse los refugiados aragoneses á los trabajos de la emigracion. Suspirando cada dia por el hogar doméstico abandonado; acogiendo en su imaginacion ansiosa como proyectos realizables, sus mas estravagantes sueños; animados por las cartas de algunos descontentos que exageraban la inquietud de los ánimos en Aragon despues de la muerte del Justicia, trataban de escitar á toda costa un levantamiento general en el reino. Cercaron á la princesa Catalina, seduciendo su ambicion con magníficas promesas, y asegurándole que no solo los montañeses se sublevarian á la primer señal, sino que los moriscos, exasperados por las persecuciones, se alzarian en masa para derrocar el gobierno del rey. Consultó la de Bearne con Antonio Perez, quien, mas avisado que todos, conocia la vanidad de sus proyectos insensatos; pero, escitado por sus impacientes amigos y animado por los resentimientos de su prision, pintó como fácil empresa á su augusta protectora la insurreccion general de sus belicosos paisanos. Catalina envió entonces mensageros á Enrique: monarca atrevido y ambicioso, acogió el pensamiento de una invasion en España, con esperanzas de añadir graves embarazos á los cuidados de Felipe II. Sus instrucciones, aunque escesivamente reservadas, podian comunicarse francamente á Antonio Perez, sin dar á los demas emigrados otra noticia que la me-

ramente necesaria para dar cima á sus proyectos. El plan del monarca francés era apoderarse de Aragon y sublevar á Cataluña, bien fuese incorporando las tierras á sus estados, ó manteniendo su independencia de la corona española. Habian de reunirse con este fin seiscientos soldados bearneses en Oloron, para formar, juntos con los emigrados y aventureros, un cuerpo de mil y quinientos hombres. Maniobrando con rapidez y acierto, conservando á su frente los señores aragoneses, la escasa division expedicionaria podia sublevar el norte del reino y alcanzar lugares fuertes en que organizar la invasion. Preparados entretanto seis mil soldados del ejército francés, se aprestarian á seguir sus huellas si no se malograba la expedicion proyectada. La reunion de seiscientos guerreros en una ciudad principal de Bearne no hubiera llamado tal vez la atencion del gobierno español; pero el doctor D. Sebastian de Arbizu recibió de su hija Agueda que estaba al servicio de Catalina una esplicacion de las tramas que se fraguaban: al punto llegó la noticia al virrey de Navarra, D. Martin de Córdoba; y ganando horas salió de Pamplona un correo con despachos para D. Alonso de Vargas, general del ejército que ocupaba á Aragon.

Fuerte de mil cuatrocientos hombres, pasó la frontera la division expedicionaria por Sallent, espar-



ciendo proclamas en nombre del rey de Francia y de Navarra, llamando á las armas á los naturales del reino en defensa de sus fueros quebrantados. Venian al frente de la columna D. Diego Fernandez de Heredia, D. Martin de La-Nuza, Francisco de Ayerbe, Manuel don Lope y Gil de Mesa. Llegaron sin obstáculo alguno hasta Biescas, harto maravillados de ver que el pais no se alborotaba á su paso: en vez de reclutar voluntarios á millares como habian llegado á esperar, se hallaban solos y sin espionaje alguno. Los aventureros entraban saqueando, que era su objeto principal; y los soldados bearneses, indisciplinados hugonotes, quemaban las iglesias y profanaban los altares. En vez de unirse á los foragidos, se levantaron contra ellos los montañeses, negándoles todo socorro y hostilizándolos á menudo; mientras que desesperados los caudillos de la invasion, se esforzaban en valde por contener á su insubordinada soldadesca. El 22 de febrero de 1592 apareció la vanguardia del ejército real, mandada por los capitanes D. Juan de Velasco y D. Martin Dávalos de Padilla. No calculaba posible tal celeridad el señor de Bárboles: el inesperado encuentro le sorprendió: presentó sin embargo la batalla, y los bearneses cedieron el campo, huyendo cobardemente, deshechos y completamente rotos. Los caballeros de Aragon hicieron prodigios

de bizarría para contener á los fugitivos y disputar la victoria: pero, solos y cansados de combatir, tiraron por los despeñaderos de las montañas. D. Diego de Heredia y Francisco de Ayerbe quedaron al fin prisioneros. D. Martin de La-Nuza, Gil de Mesa y Manuel don Lope escaparon con harto trabajo, cayendo entre barrancos y peñas, alcanzando á duras penas el territorio de Francia.

Quando se supo en Pau la derrota de los emigrados, y la matanza de los bearneses á quienes no dieron cuartel las tropas españolas, se apoderó un terror pánico de los habitantes, figurándose ya ver á sus puertas los temibles soldados de Castilla. Catalina de Borbon se preparó á encerrarse en una plaza fuerte si pasaba D. Alonso de Vargas la frontera, y toda la noche dominó la consternacion en la ciudad. Calmado al fin el terror del momento, la reaccion se pronunció contra los españoles que habian comprometido la tranquilidad del territorio; pero la princesa, tomándolos generosamente bajo su amparo, los hizo salir para Paris, evitando las alteraciones del pueblo.

Para dar asiento á la completa pacificacion de Aragon y revisar la legislacion foral, mandó Felipe II convocar córtes en Tarazona. Arregláronse varios capítulos en que se modificaron los fueros en beneficio del rey, interpretando en su favor los puntos dudosos, esplican-



do los oscuros, y evitando nuevos gérmenes de discordia para el porvenir. Antes de salir del reino hizo publicar el monarca una amnistia de que fueron esceptuadas varias personas, y el primer nombre que en la lista figuraba era el nombre de Antonio Perez.

Al lado de la princesa continuaba el ministro perseguido; hasta que por consejo de Catalina de Borbon y en su compañía, fué á buscar á Enrique IV. Alcanzóle en Saumur, donde el monarca francés le hizo el mas lisonjero recibimiento, presentándole á los señores de su corte. En la temporada que á su lado permaneció en Paris antes de marchar á Inglaterra, tuvo lugar de conocer y tratar íntimamente á la grandeza que le rodeaba. Los ministros, los embajadores, los altos funcionarios de la capital visitaban al magnate español, cuya instruccion y cortesania encantaban á todos los que se le acercaban. Sus curiosas aventuras, la privanza del soberano mas grande de la época, la fama de sus talentos le rodeaban de un prestigio singular que Antonio Perez sabia sostener con habilidad suma. Pasábansele los dias entre festines, visitas y la larga correspondencia que se veia obligado á mantener con altos personajes. Enrique IV le ofrecia con instancias una pension; pero ocupado con las esperanzas que aun conservaba de volver á su patria, confiado en las relaciones que le que-

daban en Madrid, rehusó el proscrito tal gracia por entonces, agradeciendo con sentidas frases la generosidad de su protector. Temia por otra parte, si servia abierta y mercenariamente al monarca francés, cerrarse para siempre las puertas de la Península: sabia que la infamia de su conducta podria pasar á sus hijos inocentes: conservaba algunos aunque escasos fondos para atender á sus necesidades, y esperaba vivir en caso apurado y sin nota de traicion á costa de algun señor de los muchos que se le ofrecian. El rey de Francia atendiendo á estas razones, dejó de insistir: reiteróle de nuevo la oferta de su amparo, y aunque con sentimiento y dificultad le concedió licencia para pasar á Inglaterra, dándole una carta de estrecha recomendacion para la reina Isabel, mas exigiéndole palabra de volver á su servicio.

Partió para Londres Antonio Perez, y los inquisidores entretanto continuaban su proceso en Zaragoza. Declarándole fujitivo en 15 de febrero de 1592, publicaron é hicieron fijar edictos en la iglesia metropolitana, emplazándole para comparecer dentro de treinta dias que por tres términos le acordaban. La brevedad del tiempo señalado y la inexactitud de los motivos, daban claras señas de la parcialidad de los jueces. Comunicóles por acaso un familiar aragonés que en la villa de Hariza, cercana á



Monreal, de donde descendía la familia del ministro prófugo, había residido un Juan Perez, cristiano nuevo de judío, quemado por la Inquisición como hereje judaizante. Hizose al punto reconocer los libros y papeles del Santo Oficio, y hallóse que en 13 de noviembre de 1489 había sido relajado y quemado públicamente Juan Perez de Fariza, vecino de Hariza un tiempo y de Calatayud entonces; al paso que las declaraciones de algunos testigos aseguraban que su hermano Anton, presbítero, había muerto como hereje aficionado á las ceremonias del culto hebreo. Bastó con esto para que á toda costa quisiesen los sañudos jueces enlazar la familia del ministro con la familia infamada. Pidió el fiscal comisión para examinar testigos, presentando interrogatorio; pero no se hallaban personas de valía que afirmasen la calumnia: los vecinos mas respetables de Monreal aseguraban que eran distintos los linajes, probando el claro origen de Antonio Perez: el fiscal sin embargo, apoyado en testimonios vagos arrancados con seducción, de personas despreciables que ninguna fé merecian, calificó al proscrito de descendiente de judíos y herejes judaizantes en una larga acusacion compuesta de cuarenta y tres artículos.—Reducíanse en su mayor parte á proposiciones imprudentes, á quejas arrancadas en la cárcel por la desesperacion: todas las palabras de Antonio Perez

tenian, solo por ser suyas, heréticas tendencias y reprobados fines.

Las alabanzas que prodigaba en Zaragoza al duque de Vendoma, la admiracion que manifestaba por sus grandes hechos, se exageraban hasta la mas alta parcialidad. Acusábanle de que se alegraba al oír contar sus victorias, y le comparaba con Felipe II para señalar en aquel la templanza y en este la tiranía; añadiendo que los soberanos de Italia debian unirse con la reina de Inglaterra, la república de Venecia y el papa Sixto V para ensalzar á Henrique y debilitar el poder del monarca español que amenazaba encadenar el mundo. Sus declamaciones contra el poder arbitrario del Santo tribunal, su intento de reclamar su supresion si á las córtes de Monzon asistía, la liviandad con que juzgaba sus sentencias se presentaban como pruebas de sus heréticos designios. Las quejas que proferia contra su rey, las imprudencias que le hacian cometer sus persecuciones eran testimonios del poco respeto que guardaba á la corona, contra los preceptos de la iglesia que mandan venerar al soberano. Complicábase entretanto su causa con nuevos testimonios de los procesos formados por el Santo oficio contra los fautores y cómplices de los alborotos de Zaragoza.

Reuniéronse de nuevo los calificadores en 13 de agosto para censurar en plenario las proposiciones notadas con las impresas en Pau:



graduaron diez y seis de temerarias y erróneas, algunas blasfemas con sabor de heregía, opinando que Antonio Perez era sospechoso con sospecha vehementísima y violentísima. Dos dias despues pidió el fiscal que se le declarase contumaz por no haber comparecido á responder á los cargos, y concluyó para sentencia definitiva. Juntáronse los jueces en 7 de setiembre con el ordinario diocesano, varios consultores, teólogos y juristas, entre ellos el regente de la real audiencia don Urbano Ximenez de Aragués; y despues de grave deliberacion, votaron relajacion en estátua. Aprobado este acuerdo por el consejo de la Inquisicion, pronunciaron en 20 de octubre sentencia definitiva, declarando á Antonio Perez hereje formal hugonote, convicto, impenitente y pertinaz; y en su consecuencia condenándole á pena de relajacion personal cuando pudiera ser habido en persona, y mientras tanto en estátua que le representase, sacada en auto público de fé con sambenito completo de llamas y diablos y coraza de lo mismo en la cabeza y entregada á la justicia real; condenándole tambien en confiscacion de bienes é infamia transcendental á sus hijos y nietos de linea masculina, con todas las demas penas consiguientes á tales causas. Faltaba esta sentencia para completar un auto de fé público y solemne: pronunciada, mandóse poner inmediatamente en ejecucion.

Ya habia visto Zaragoza levantar-

se el dia anterior los cadalsos en que fueron á morir el capataz de los pelaires Pedro Fuertes, Dionisio Perez, don Juan de La-Nuza, mercader de la ciudad, y los desdichados caudillos de las revueltas é invasion de Aragon, don Diego Fernandez de Heredia y Francisco de Ayerve. Espantoso y terrible como su vida, fue el suplicio del señor de Bárboles. Confuso ó cansado el verdugo, le mantuvo en larguísima agonía: mas de veinte golpes le dió antes de matarlo, y el cuerpo, vivo y palpitante aun, cayó del tablado, con la cabeza unida al cuello y agitada en incesantes convulsiones.

Celebróse el 20 de octubre el auto de fé decretado por el supremo tribunal de la Inquisicion: iban treinta y nueve condenados á muerte, y descollaba entre todos la gallarda persona de Miguel don Lope, hermano del emigrado en París. Cubierto de seda y oro como en dia de fiesta y lujo, erguida la cabeza y sereno el semblante, paseaba sin inmutarse las calles de la ciudad. La fila era lucida y solemne: cerraba la procesion la estátua de Antonio Perez cubierta con el sambenito y la coraza, llevando esta inscripcion: «Antonio Perez fue secretario del rey nuestro señor, natural de Monreal de Hariza y residente en Zaragoza, hereje convencido, fugitivo y relapso.» Estensos eran los procesos y larga la ejecucion. El auto de fé se acabó á las nueve de la noche, con hachas encendidas,



ante un concurso temeroso y asombrado.

#### ARTÍCULO 14.º

Antes de desembarcar en Inglaterra, envió Antonio Perez á Gil de Mesa á Lóndres para que llevase sus cartas y allanase su presentacion; escribió tambien á la reina Isabel, prevenida ya de su arribo por comunicacion del embajador de Francia y recomendacion especial de la princesa Catalina:

«Señora: yendo este papel y el que le lleva con el favor de Madama, bien puede perder el miedo con que sale de mis manos, cuando llegue al real acatamiento de V. M. En mérito de tal favor suplico á V. M. muy humildemente dea estos renglones y oiga á Gil de Mesa, deudo mio, y que por él V. M. me declare su voluntad; con una prevencion, Señora, que se le pondrá á V. M. delante de su Real presencia la mas inútil persona, y de menos valor que jamás ha visto; sino el que me dá la persecucion: pero tras todo esto verá V. M. el sujeto mas piadoso que se puede presentar. Que al natural de la grandeza y de la piedad son muy agradables estos.»

Con placer recibió la reina la carta de Antonio Perez, respondiéndole en lisongeros términos cuanto holgaria de ver en Lóndres y bajo su amparo á un ministro tan célebre por su privanza y por

sus desventuras: escribiánle al mismo tiempo los miembros mas distinguidos de la aristocrácia inglesa, ofreciéndole sus palacios y su amistad. Con tan favorables auspicios presentóse á Isabel el emigrado, y su recibimiento en la espléndida corte fue mas señalado y obsequioso de lo que parecia anunciarle el carácter algo adusto de la soberana. Ofreciósele un sueldo vitalicio que rehusó sin vacilar, asegurando que, aunque dispuesto á servir con sus débiles medios á tan generosa protectora, conservaba esperanzas de arreglar en España sus negocios; temiendo por otra parte añadir á sus persecuciones y á la desgracia de sus hijos las penas en que incurrian, por las leyes de su patria, los que viviesen pensionados de reyes estrangeros sin licencia de su príncipe y señor. En vista de sus razones mandó Isabel al conde de Essex que le alojase en su ostentoso palacio.

La poderosa reina de Inglaterra tenia hácia el magnate proscrito antiguos deberes de gratitud que se gozaba en recordar. Cuando, arreglado en 1554 el matrimonio de Felipe con la católica reina María, marchó el príncipe á Lóndres por orden del emperador, llevó consigo á Gonzalo Perez por único Secretario de estado. En las circunstancias críticas que acompañaron las bodas y en la reaccion religiosa que produjo en Inglaterra la entrada de los españoles, cuando reconciliada la



nacion con la sede romana, dominaban los católicos en el parlamento y en los consejos, la princesa Isabel yacía presa en un castillo, á diez leguas de la capital. Centro de las intrigas francesas, los hereges de toda Europa y los luteranos del interior mirábanla como el norte de sus esperanzas, como la salvacion de sus principios: todos los planes fraguados por la ambicion hallaban acogida en la prision de la impaciente jóven, estraviada por sujestiones ajenas y ansiosa de ceñir la corona de su padre. Determinó castigarla el Consejo de estado, sostenido por el intolerante resentimiento de María; pero Gonzalo Perez, abrazando su defensa, hizo valer sus súplicas con el rey. Cuando vió Isabel el mal estado de sus negocios, imploró la proteccion del ministro español, á cuyas manos enviaba directamente sus esposiciones y memoriales. El secretario no solo hizo por ella muy buenos oficios, sino que interpuso su favor para que fuese puesta en mas anchura, persuadiendo á Felipe de que sus faltas procedian mas bien de la imprevision de la juventud que de la corrupcion de su alma. Quería al menos la reina Maria enviarla á Castilla, para que se educase en un monasterio; pero el príncipe se opuso á este plan mientras no tuviese hijos, porque podian sospechar los ingleses que trataba de alejar de su país al heredero de la corona. Isabel fué puesta en liber-

tad; y aunque, dueña del cetro, conservó toda su vida un odio profundo al nombre español, recordaba sin embargo los favores que debió á Gonzalo Perez, su generosa solicitud en la época de sus desventuras; y Guzman de Silva, embajador de España en Londres, recibió mas de una vez la comision de expresarle su agradecimiento.

Llevaba tambien otro título de recomendacion para con ella el hijo de su antiguo valedor. La enemistad de Felipe II y sus persecuciones eran motivo suficiente para provocar los obsequios de aquella reina rencorosa y altiva, que aborrecia al soberano español con toda la vehemencia de su alma. Enemigos siempre, habian luchado en todas las ocasiones, y siempre la fortuna habia salvado á Isabel de las garras de su poderoso contrario. El pabellon de España no cabia en los mares con las flámulas inglesas, y era necesario que pereciese el uno para dejar al otro tranquilo y floreciente imperio. Eternos antagonistas, presentábanse siempre la Inglaterra y la España para estorbarse mutuamente; y Felipe II emprendió el proyecto de sujetar ó destruir la turbulenta isla. Contraria le fué la fortuna: traiciones ó acaso imposibles de preveer deshicieron sus bien combinados planes, rompieron las espesas redes con que su hábil diplomacia la estrechaba; y las inclemencias del cielo y las tempestades de los mares destru-



yeron sus flotas y sepultaron sus navíos. Pero, á medida que la suerte le abandonaba, crecia en su alma firme y constante el resentimiento contra aquella orgullosa nacion que pagaba á su vez con el odio mas profundo el encono del temible rey.

Alojado en casa del conde de Essex, gozaba el desterrado ministro de los placeres que pueden proporcionar el favor y la opulencia. Afanábase su espléndido huésped por corresponder con obsequios á la confianza de su soberana; y entonces comenzó aquella estrecha amistad que los unió luego con tan estrechos vínculos. Gustaba Isabel de escuchar anécdotas de la corte de España; y despues de comer y en sus paseos, se hacia referir por Antonio Perez la historia de los primeros amores de Felipe II., comparando las locuras de aquella pasion con la sombría severidad de sus costumbres posteriores. El encanto particular de la conversacion del ministro prestaba nuevo aliciente de curiosidad á los secretos que poseia de todas las cortes de Europa: asi es que frecuentemente recibia importunas visitas por las mañanas, tan solo con el objeto de suplicarle que repitiese cualquier aventura del emperador ó del duque de Alba referida la noche anterior en la animacion de algun convite.

Toda su conducta, sus hábitos, hasta sus pláticas mismas tenian un distintivo de elegante singularidad,

de reserva misteriosa que á primera vista sorprendia. Usaba en sus cartas de un sello que habia mandado fabricar en los meses de su primera prision, y que sirvió en su correspondencia secreta con la princesa de Eboli: figuraba un laberinto cerrado; un Minotauro en el centro, con el dedo en la boca, llamaba la atencion sobre la letra *IN SPE*, sacada de la epístola de San Pablo: en otro sello aparecia el mismo laberinto, pero roto ya: el Minotauro habia apartado el dedo de la boca, enderezándolo al cielo con la inscripcion *USQUE AD HUC*. ¿Qué significaban estos enigmas? Afirmaba Antonio Perez que hacian alusion á los secretos que guardaba del rey sobre la muerte de Escovedo; pero creian los magnates ingleses que significaban el orgullo y el peligro de sus funestos amores. Sea por no dar cuerpo á interpretaciones aventuradas, sea que juzgase inútil ya su antigua divisa, empleó desde allí adelante para cerrar sus cartas un anillo romano, en cuya piedra estaba labrada una virgen vestal con la lámpara encendida sobre la cabeza: hizo ponerle la siguiente inscripcion: *NUM CASTE, LUCEAM*; queriendo manifestar de alegórico modo que solo la reserva, la humildad y la modestia podian libertar de naufragio á los que, peregrinos como él, vagaban por tierras extrañas, comiendo el amargo pan del extranjero. Por otra parte su conversacion brillante y animada



siempre, huía de profundizar ciertos asuntos: el nombre de la princesa de Eboli, pronunciado por acaso, le causaba una impresion que no sabia dominar completamente; y al hablar de su perseguidor, al relatar los hechos de su terrible rey, no podia menos de hacer justicia á sus altas cualidades y á la profundidad de sus proyectos: refiriendo á veces sus máximas ante un concurso de magnates que recogian sus palabras con avidez, al contar en su disculpa lo que pasara en los acontecimientos de Zaragoza, revelaba su relacion á pesar suyo el respeto y el temor que guardaba á su soberano. La fama de sus aventuras, la parte que habia tomado en la muerte de Escovedo, y la frialdad algo fatalista con que contaba el asesinato de su antiguo amigo, le rodeaban de la sombría curiosidad que acompaña siempre á las almas fuertes que se han lavado de un crimen con largas y terribles espiaciones.

Pretendian algunas damas de la corte inglesa entibiar los obsequios de la reina hácia el ministro español: llamábanle traidor á su patria y á su rey, pero Isabel lo celebraba, burlándose de tan estraños escrúpulos: «Perez ha sufrido por amor y celos, decia: la envidia de los cortesanos ha sido la causa de sus persecuciones: le han condenado á muerte: ¿por qué le culpan, si proserito busca un asilo en pais estraño? Si es verdad que vendió los secretos de su oficio, tantos años

de prision y desventura son bastante pena.» El magnate emigrado, atento y reconocido siempre, la empeñaba cada vez mas en su favor: convidado á palacio con frecuencia, admitia modestamente los obsequios de una reina cuya inconstancia conocia: acostumbrado á las mudanzas de la fortuna, sereno en la subida como en la bajada, sabia que aquellos envidiados favores dependian en gran parte de la curiosidad que causaban sus aventuras, y de la amistad del conde de Essex, escelente protector por entonces al lado de Isabel: así que, aprovechando el viento favorable que corria, pensaba en prepararse para una oportuna retirada. Colmábale entretanto la reina de atenciones. Sentándole un dia á su lado en un sitial, dijo á los caballeros de su corte: «Mílores, no os maravilleis de que haga tanta honra á este traidor de español, porque yo tengo mucha obligacion al señor Gonzalo Perez, su padre, de el tiempo de mis prisiones, cuando reinaba María y mandaba Felipe en Inglaterra.» Recalcaba mucho la reina sobre la palabra traidor, que usaba siempre con ironia para burlarse de la severidad del rey de España y de los escrúpulos de algunas señoras de su servidumbre: preguntábalas algunas veces, riendo, si les asustaba la cara de Antonio Perez que, aunque ministro asesino de Juan de Escovedo y levantador de tumultos en Zaragoza, era célebre por su cortésana galanteria: y cuando por acaso





deseaba quedarse sola con él para hablarle sin testigos, decia á la dama que quedaba á vista suya: «salios, milady, que no me matará este español.»

Tranquilo en Londres, recibió un día aviso de la reina para que fuese á palacio. Había preso la justicia dos irlandeses, cogiéndoles papeles en cifra, con el nombre de Antonio Perez en letra vulgar. Apretados por el interrogatorio respondieron que venian de orden del conde de Fuentes á Inglaterra: decia el uno que su objeto era matar al ministro español; aseguraba el otro que su nombre no era mas que la contracifra del de la reina Isabel: sus declaraciones dadas en el tormento, aunque contradictorias en las personas, convenian en el crimen: recayó sentencia de muerte: sus cabezas fueron colocadas en garfios de hierro sobre una de las puertas de la ciudad.

Entre tanto curábase Antonio Perez de los achaques y dolores contraidos en tanta variedad de prisiones y aventuras. En estrechas relaciones con lord Clifford, lady Riche, lord Harry, lady Knolles, lord Burke, lord Southampton, sir Hatton y sir Roberto Sidney, pasábase su vida entre convites y festejos, obsequiado por los grandes, favorecido por la reina, y hallando firme apoyo en la amistad del conde de Essex que estimaba en mucho su ingenio y su instruccion profunda y variada. Demandábanle todos que contestase

á sus billetes en español, por tener muestras de tan hermosa lengua; y así veíase precisado á seguir correspondencia con las aristocráticas señoras, que se complacian en leer y enseñar aquellas cartas, cuyo pomposo estilo realzaba las conceptuosas lisonjas, los exagerados cumplimientos del elocuente cortesano. Escribíale desde París la princesa Catalina; el rey de Francia le echaba en cara el olvido de su persona por las delicias de la capital inglesa; y Antonio Perez, sumiso, lloronjero y obediente, contestábales repitiendo sus acciones de gracias por su amparo. Seguía tambien correspondencia con los duques de Epemon, de Nevers, de Montmorency, de Chartres, con los marqueses de Pisani y de Roquelaure, con los caballeros Guicciardini y Gerónimo Gondi, á mas de sus cartas secretas á doña Juana Coello, á sus hijos y valedores en España; de modo que hurtaba las mañanas á la sociedad, para dedicar algunas horas á los amigos ausentes.

Treinta meses pasó en esta vida tranquila, dichosa si pudiese existir la dicha lejos de la familia y ausente de la patria: el embajador francés Mr. de Beauvoys le instaba para que volviese á París: escribíale el conde de Bouillon en nombre de Enrique IV, y Antonio Perez se escusaba siempre y pedia prórroga de su licencia en atencion á su quebrantada salud. Presentóse al fin en Lóndres D. Martin de La-Nuza, comisionado especialmente por el



rey para manifestarle su impaciencia de verle á su lado y entregarle una carta de su puño.

«Señor Antonio Perez:

«Deseo infinito veros y hablaros de  
»negocios que atañen é importan á mi  
»servicio: escribo con esta fecha á  
»la reina de Inglaterra, mi buena  
»hermana y á mi primo el conde  
»de Essex para suplicarla que os  
»permita hacer este viage á que no  
»habrá, estoy seguro, dificultad al-  
»guna: tambien escribo al comen-  
»dador de Chartres para que os re-  
»ciba á vuestro paso, y os dé me-  
»dios y seguridad para venir á bus-  
»carne; de tal manera que solo de  
»vos depende estar bien á mi lado,  
»como se requiere para ventaja de  
»mi servicio; y mientras tanto, rue-  
»go á Dios, señor Antonio Perez,  
»que os tenga en su santa y digna  
»guarda. Escrito en Fontainebleau  
»á últimos de abril de 1595.—En-  
»rique.»

Sentia salir de Lóndres el emigrado. Obsequiado y contento en una vida lejos de los negocios, sin tentaciones para su lealtad, no estaba obligado á comprometerse con advertencias ni consejos que, al paso de ser una traicion á su pátria y á su rey, habian de presentarse como eterno obstáculo á la rehabilitacion de su fortuna. No sucedia asi en París, centro de intrigas anti-españolas, donde meditaba Enrique IV declarar la guerra á Felipe II, debilitando en Flandes y en Italia su poder. En la triste posición que los

acontecimientos le habian formado, por gratitud y por necesidad tenia Antonio Perez que servir á extranjero príncipe; su permanencia en Inglaterra debia acabar; y asi, resignado y sumiso, hizo volver al señor de Biescas con obediente respuesta para el monarca de Francia. Detúvose sin embargo en Londres breve tiempo; y al llegar en agosto á Dieppe, recibió la infausta noticia de la muerte de su fiel amigo D. Martin de La Nuza, descubierta y sorprendida en la ciudad de Tudela. Púsole fuera de sí por algunos dias tamaña desgracia, y razon era, porque perdía en él uno de sus mas constantes y generosos defensores. Los duques de Chartres y de Montpensier le recibieron y alojaron por orden del monarca: despachóle un correo el viajero asi como á los señores de Bouillon y Villaroel, avisándoles su llegada y pidiendo órdenes para detenerse ó seguir su camino. Ausente á la sazón en la Franche Compté, escribióle sin embargo Enrique que marcháse á aguardarle en París: mandábale al mismo tiempo el despacho de la pension de cuatro mil escudos que habia vacado por fallecimiento del prior D. Antonio de Ocrato, titulado rey de Portugal, el mismo que habia disputado á Felipe II aquella corona, despues del trágico fin de D. Sebastian en Africa y el pasajero reinado del cardenal D. Enrique.

Fué á parar Antonio Perez en París,



frente al palacio de Borgoña; tratábase intimamente el soberano, y reputábasele su consejero en las intrigas que contra el rey de España se tramaban. Si así no era, las apariencias acusan al ministro proscrito; y en sus cartas mismas se nota el sentimiento que, en medio de tantos obsequios, le causaba su equívoca posición. «Es necesario á los peregrinos, dice en una carta á Gil de Mesa, templarse á ratos, como instrumento, para entretenimiento de los que con quien tratan, principalmente los con quien se ha llegado á gracia y confianzas extraordinarias, porque no se cansen y enfaden con la pesadumbre de la melancholia de peregrinos y de sus duelos. Que tal nos enseñan los romeros y mendigos que, con todo su trabajo y cansancio de todo el día se esfuerzan á pedir cantando.» Tristísimas son estas frases y muestran el estado de alma de un hombre cuya vida pasaba entre festines, con coche, con lujo, con criados extranjeros, recibiendo regalos y favores de la alta nobleza residente en la capital. Obligado á seguir una correspondencia frívola y amena con el duque de Guisa, con su hija, con el condestable de Francia, el gran canceller, el duque de Mayenne y otros muchos magnates y señores; escribiendo por cortesía, porque estaban en moda sus cartas y querían todos los palaciegos testimonios de su estilo; poniendo á cada paso en prensa su ingenio para discurrir lison-

gera y graciosamente sobre fútiles consultas, se estravia de cuando en cuando su flexible pluma á terrenos mas triste y melancólico: en medio de sus galanos billetes se encuentran rasgos de la mas amarga filosofía; y cartas hay, en que, escribiendo con libertad, derrama toda la hiel de sus recuerdos y revela las llagas de un corazon ulcerado.

Siendo el objeto de todas las conversaciones, en todas partes buscado y atendido, escapábase águnavez Antonio Perez para quitarse la máscara insoportable de cortesano, y llorar en la celda de su confesor las desgracias de su familia y la suerte de sus hijos inocentes. Otras veces, triste y solo, se encerraba en su habitación para escribir á su muger, lamentarse con su predilecta hija ó entregarse á la lectura de los santos padres que consolaban su alma agitada, sus pensamientos inquietos. Vuelto luego al tumulto de la vida, se entregaba á discusiones de amor, siempre ingeniosas en su boca; y en la sobremesa de las magníficas cenas acostumbradas á la sazón en París, referia historias de las cortes que visitara en su juventud, ó relataba anécdotas concernientes á Carlos V, á Felipe II, al duque de Alba, al príncipe de Eboli, y á todos aquellos personajes cuyos célebres nombres habían corrido el mundo con los hechos y el poderío de la nacion española. Gustaba sobre manera Enrique IV de estas pláticas, y llamaba á Anto-



nio Perez su maestro de cuentos, por la gracia con que los adornaba y el interés que sabia dar á las más frívolas relaciones.

Apareció de repente en París don Rodrigo de Mur, señor de la Pinilla: traía consigo uno de sus criados y acompañábase un fraile vizcaíno, llamado Matheo de Aguirre, que habia dejado en la frontera el hábito y el nombre. Comisionados por don Juan de Idiaquez, venían con encargo de matar á Antonio Perez. Tres veces intentó hablarle una noche don Rodrigo, y tres veces se negaron á dejarle entrar los suizos que daban guardia al ministro español. Tanta insistencia llamó la atención al fin. Prendiéronle y halláronsele dos pistoles cargados cada uno con un par de balas encajadas en cera. Fuera de la ciudad esperábase el criado con los caballos, provistas de víveres las alforjas para caminar sin detenerse el siguiente día. Preguntado por el tribunal, confesó esplicitamente su traicion, asegurando que habia colocado cera en las balas para hacer mortal la herida que produjeran: el fraile pudo escapar; pero el señor de la Pinilla fue ajusticiado en la plaza de Greve el 19 de enero de 1596. Esta fue la última tentativa de asesinato que emprendieron los enemigos del ministro: el escarmiento de Mur tuvo eficaces resultados.

Para vindicar su memoria, á petición de sus amigos y valedores, publicó Antonio Perez la relacion sumaria de sus prisiones y procesos,

bajo el pseudónimo de Rafaél Pe-regrino, con algunas de sus primeras cartas dedicadas á los curiosos de la lengua española. Parece que debió causarle trabajo y fastidio el cuidado de la impresion; si se ha de juzgar por un párrafo de su correspondencia con Jacomo de Grimaldo: «Si Plutarcho ó no sé quien diá-blos dijo que quien quisiéssse tener en que entender, metiese mujer en casa ó comprasse navío, hubiera alcanzado impressio, hubiérala puesto en primer lugar por mayor embarazo». Pero en fin, despues de haber exahalado su mal humör en filípicas contra los impresores, salió su libro á luz, consiguiendo un éxito prodijioso: demandáronle ejemplares los señores de Paris, los lörës de Londres, los cardenales de Roma: célebrábase en todas partes la orijinalidad del estilo, la profundidad de los conceptos: publicábanse traducciones y extractos y colecciones de aforismos, y pregonábase por las calles como preciosa y anhelada mercancia. «Las sentencias doradas de Antonio Perez.»

#### ARTICULO 15.

Tres años pasaron en esta vida de aparente disipacion y de secreta melancolía. Su amistad con Lord Essex no se entibiaba por la ausencia, antes bien seguian una correspondencia en latin en que rivalizaban ambos de ingenio y donosura: quiso tener luego parte en



ella Thomás Smith; y las cartas de los tres personajes, si bien no siempre puras y correctas, pueden citarse como muestra de grandes conocimientos en un idioma cuyos giros á veces exageraban con afortunada valentía. Trataba tambien Antonio Perez con alguna familiaridad á la duquesa de Brunswick, á quien en Madrid habia conocido y obsequiado varias veces en su casa de campo: fué la duquesa amiga y compañera de la princesa de Eboli, teniendo por ella ocasion de estrechar relaciones con el Secretario de Felipe II. No se habian visto desde el año de 1578; pues arrestado sin comunicacion, no fué dado al ministro recibir á la dama que para Francia se despedia. Reunianse en su casa los mas altos personajes de la corte, que consultaban al magnate español sobre la manera de despachar los negocios de estado y los secretos de la vida palaciega: Antonio Perez, privado caido, pensaba, escribia, y hablaba con notable elocuencia sobre la privanza de los príncipes, hallando siempre en su fecunda imaginacion nuevas y profundas razones para dar fuerza á sus discursos.

La muerte de Felipe II, acaecida en setiembre de 1598, hizo concebir risueñas esperanzas al desterrado ministro. Conocido personalmente de Felipe III á quien, príncipe de Asturias, habia festejado mas de una vez en su casa, conservaba buenas relaciones con el

marqués de Denia, valido y secretario del nuevo rey. Decíase que el difunto monarca habia dejado en su testamento órden de volver á Antonio Perez su hacienda y su familia; pero esta noticia consoladora fué un rumor sin fundamento. Por el contrario las cartas de Madrid aseguraban que en poder de D. Cristobal de Mora existia una copia de advertimientos políticos que enviara á su hijo el soberano moribundo; y al hacer en ellos mencion de Antonio Perez, encargaba que le procurase apartar en algun rincón de Italia, y cuando menos nunca le sufriese en España ni en Bélgica. De nada sirvieron las súplicas del célebre predicador Fray Hernando del Castillo que procuró hasta la última hora interceder por el proscrito magnate.

Felipe III partió para Valencia; y aunque Doña Juana Coello y sus hijos permanecieron en prision, aunque Rodrigo Vazquez quedaba en su destino, la amistad del nuevo privado y sus promesas á la desgraciada esposa renovaron las esperanzas de Perez. Al llegar á Zaragoza, dio el monarca singulares muestras de clemencia: perdonó á todos los promovedores de tumultos; rehabilitó la memoria de D. Diego de Heredia señor de Bárboles, devolvió sus bienes á sus hijos, y declaró inocente al conde de Aranda, borrando con su piedad los últimos vestigios de las pasadas disensiones. Por intercesion del archiduque Al-



berto escuchó las súplicas del príncipe de Orange, á quien, como muestra y presagio de sus clementes intentos, envió el collar del Toison de Oro. En abril de 1599 mandó á ruegos del marqués de Denia poner en libertad á Doña Juana, aunque no se extendió esta gracia por entonces á sus hijos. La paciente y firme señora fué á visitar á Rodrigo Vazquez consumido ya por la vejez: el rencoroso anciano, por primera vez enternecido, lloró á la vista de su víctima; pero á pocos dias de aquella plática bajó una real orden que le privaba de su oficio de Presidente de Castilla mandándole salir inmediatamente de la corte. Si bien no se explicaba el motivo de tal desgracia, atribuíala la opinion al vengativo encono con que en los negocios de Antonio Perez procediera. Y como para confirmar rumor semejante, sacóse á sus hijos de la prision en que yacian, sin permitirles empero dejar el territorio español.

El corazon del emigrado comenzaba á henchirse de esperanzas con tales acontecimientos. Prometióle el nuevo embajador de parte del marqués de Denia que, no obstante la dificultad de su rehabilitacion religiosa, procuraria arreglar satisfactoriamente sus asuntos. Enrique IV le aseguraba á todo evento su proteccion, y que al hacer la paz definitiva con España, exigiria su vuelta como condicion indispensable

para admitir en Francia á los señores proscritos por los anteriores trastornos. Y fiel, como caballero, á su palabra, borró del trato de las paces la amnistia del duque d' Aumale, refugiado en los Países Bajos, si antes no volvía Antonio Perez á su patria, y se le restituía su mujer, sus hijos y su hacienda. En vano espusieron los comisarios del rey católico que era el negocio diferente, puesto que el magnate frances solo era reo de delitos politicos en levantamientos y alteraciones, mientras el ministro español estaba condenado por sentencia del Santo Tribunal: replicó el monarca que habiendo tomado al proscrito Secretario bajo su amparo, habiendo utilizado sus talentos, y aprovechándose de sus servicios, no consentiria jamás en abandonar su fortuna. Vista la firmeza de Enrique, descartóse este punto y se concluyeron las paces. Escribió humilde y rendido á su rey el duque d' Aumale; intercedieron sus amigos; pidió su perdon como gracia especial su primo el duque de Lorena; la princesa su esposa lo exigió al partir de su augusto hermano: apretaban sus parientes; reclamábalo el embajador de España D. Juan Bautista de Tassis; y en valde fueron todas las exigencias y súplicas. Firme en sus proyectos contestó á todos el monarca francés que era inútil cansarle con importunas peticiones, puesto que ni oiria ni hablaría acerca de los negocios de Au-



male, hasta que viese á Antonio Perez restituido á su patria, en el seno de su familia, y dueño de su casa y de su hacienda.

Antes de salir Rodrigo Vazquez fuera de la corte, comenzóse á ver en Consejo real la demanda contra D. Gonzalo Perez, hijo del prófugo ministro.—Cuando se hallaba en el apogéo de su poder, nombró Antonio Perez á su primo, Hernando de Escobar, primer oficial de la secretaría de Estado. El hábil y ambicioso clérigo era su confidente en las negociaciones de Roma: proporcionóle el válido en recompensa de su celo una canongía en Cuenca, dándole ademas el arcedianazgo de Alarcon; y al nacer un hijo al Secretario, en albricias y testimonio de afecto al padre, consignóle Gregorio XIII una pension sobre aquellos beneficios. Desde la cuna pues empezó á disfrutar Gonzalo Perez del regalo del Pontífice: pero cuando en tanta variedad de procesos, recayó en Zaragoza la sentencia de relajacion contra su primo, ingrato Escobar á sus favores pidió testimonio del fallo, negándose á pagar la pension al hijo de su bienhechor cuya numerosa familia estaba sumida en la indigencia, á causa de la rigurosa confiscacion que de todo recurso la privaba. Reclamó doña Juana Coello y el pleito se llevó á la Rota; pero no acabándose de resolver en este tribunal, avocó así la causa el Sumo Pontífice: su primer fallo fué fa-

vorable á las pretensiones del huérfano; pero Hernando de Escobar murió entretanto, y recayó el arcedianazgo de Alarcon en D. Andrés de Córdoba, pariente del duque de Sessa y auditor de la Nunciatura. Con mas influjo que su antecesor, alcanzó en Roma ejecutoriales contra D. Gonzalo, que fueron llevados al Consejo real para su aprobacion: apoyábanse en que los hijos de hereje no pueden gozar pensiones eclesiásticas, pero esta pretension era inadmisibile tratándose de un condenado en rebeldia. Andando el pleito, fué privado Rodrigo Vazquez de su oficio de presidente: sucedióle en su cargo el conde de Miranda: y en audiencia plena declaró el Consejo no haber lugar á los ejecutoriales, mandando volver la posesion de su pension al huérfano con el importe de los frutos percibidos.—Llevada esta sentencia al despacho resolvió el rey que no se ejecutase por consideraciones de estado y por satisfacer á su Santidad. De este modo volvía la causa á litigio y dependia de Roma su conclusion.

Entretanto, retirado en Carabanchel, aguardaba Rodrigo Vazquez que se mitigase su sentencia de destierro. Una órden del rey le hizo salir inesperadamente, prohibiéndole morar en un radio de veinte leguas de la capital y de diez de Valladolid. Al mismo tiempo admitió el conde de Miranda la demanda de Doña Juana Coello que pedia jus-



ticia de los agravios recibidos en el discurso de su prision, del cruelísimo trato con que afligió á sus hijos el vengativo Presidente: pero la muerte de Rodrigo Vazquez, acaecida en aquellos dias, impidió el curso de la accion personal, quedando derecho á Doña Juana para reclamar diferentes daños y notables perjuicios que en materia de intereses recibiera.

Cada vez mas ansioso de volver á su patria, comisionó Antonio Perez al P. Crespo, que por acaso le visitó en París, para arreglar sus negocios con el jesuita Rengipho, confesor á la sazón del duque de Feria: inútiles fueron sus gestiones; el monarca aunque resentido por la conducta del ministro emigrado, estaba pronto á escuchar sus ruegos; pero el Santo-Oficio no cedía. El conde de Miranda declaró esplicitamente á Doña Juana que solo dejando el servicio del soberano francés, podía abrigar su marido esperanzas de acomodar satisfactoriamente sus asuntos. Antonio Perez fué con esta comunicacion á visitar á D. Baltasar de Zúñiga, embajador de España, quien no solo aprobó los consejos del conde, sino que informó al ministro de los últimos despachos del duque de Lerma en los mismos términos concebidos. Entonces, con intervencion del condestable de Castilla, el nuncio de Venecia y el cardenal legado, se presentó á Enrique IV su protector, esponiéndole humildemente

el estado de sus negocios, y suplicándole que, alzándole sus juramentos y promesas, le hizo, admitiese la renuncia de la pension que gozaba. Oyóle con calma el rey y preguntóle si lo habia reflexionado maduramente: hizole mil ofertas para que no le dejase, y prometió pagarle su sueldo en secreto si juzgaba que arguia infamia el público socorro: aunque con agradecimiento y respetuosa cortesía se mantuvo firme Antonio Perez en su resolucion: irritado el monarca al ver desatendidas sus súplicas, declaró al embajador de España que el ministro emigrado nada tenia ya que ver en su servicio, y desde entonces su favor y prestigio comenzaron á declinar sensiblemente en la corte.

Habian pasado tres años desde la muerte de Felipe II, y nuevo rey y nuevos consejeros hacian variar notablemente la política española. Los conocimientos de Antonio Perez habian perdido por tanto una parte de su interés y escitaban menos curiosidad: la moda que lo alzó pasaba como todas las modas concluyen: la amistad de Enrique IV era menos viva cada dia, y el ministro emigrado se encontraba cada vez mas aislado en su infortunio. Entreteniale el duque de Lerma con promesas difíciles de cumplir: sus folletos habian aumentado el número de sus enemigos y el odio de la Inquisicion. Para apartarse mas y mas de París, donde se ponía en



duda su lealtad y la sinceridad de sus deseos, pensó marcharse á Venecia, mientras el general de los franciscanos, residente á la sazón en Francia, le prometia dar salida á sus pretensiones. Entendiéndose con el Nuncio y con el cambista Alejandro Teregli; pero renunció á este plan, porque se movieron tratos para que se presentase en S. Juan de Luz á una entrevista con los comisionados del Santo Oficio. Deshecho tambien este proyecto, determinó retirarse á Inglaterra á esperar su suerte á la sombra de sus antiguos protectores: antes de marchar pidió á su Santidad, por medio del cardenal Aldronandino, la bendición pontificia, asegurando la pureza de su fé y la orthodoxia de sus doctrinas religiosas. Al despedirse de Enrique IV, recibióle con suma frialdad el monarca frances, pues sospechaba que iba á Londres con una mision secreta del soberano español para concertar de acuerdo con el Condestable la paz entre ambos paises: en vano le protestó Manuel don Lope la verdad: no se desengañó hasta saber que el rey de Inglaterra se habia querido recibir al ministro emigrado; y preguntándole la causa al embajador de aquella potencia, respondió que solo el deseo de no dar pretexto de queja á España ni estorbar los tratos de paz, habia motivado tan desagradable negativa.

Forzado por su triste suerte á permanecer en Paris, empezó á

desengañarse de las dificultades que se oponian á su vuelta. Entreteniale con esperanzas D. Baltasar de Zúñiga, al paso que el duque de Lerma, aunque inclinado á servirle, no osaba esponer su omnipotente fortuna en un choque con la Santa Inquisicion. Decaído de su antiguo prestigio, conservaba sin embargo buenas relaciones con los magnates que se honraban poco hacia con su amistad, pero que ya le iban abandonando á los azares de su suerte. En aquella corte minuciosa y puerilmente elegante, entreteníase Antonio Perez en fabricar conservas de dientes, pastillas de España y variados perfumes que regalaba con ingeniosos billetes á las altas señoras que admiraban su habilidad y le demandaban recetas para dar color y flexibilidad al ambaró blancura y ondas á las plumas. Al emprender estas frivolas tareas, al presentar á Enrique guantes perfumados, ambares grises, ó estoques de Turquía, burlábase de su posicion el desgraciado ministro con extravagantes comparaciones. Pronto le faltó dinero para estos obsequios; y resignado á padecer, se aisló mas y mas en la soledad de su casa.

El único consuelo de su vida triste y azarosa era la correspondencia con su muger y las cartas de sus hijos: pero hasta estos sencillos placeres ofrecieron gotas de hiel á su afligida alma. La predilecta de sus hijas, la bella y sensible Gregoria, murió en la flor de su juventud,



horroroso fué el dolor de aquel padre desdichado que no hallaba palabras para encarecer el mérito de la cariñosa doncella. Apenas quedan en algunas de sus cartas secretas alusiones á un suceso de que habia prohibido hablarle á su muger: hay sin embargo indicios bastantes para creer que fué víctima aquella jóven de una pasion desgraciada. Uno de los amigos que mas habian hecho por la libertad de la infeliz familia, pidió su mano en recompensa de su proteccion: otorgóselo doña Juana agradecida, pero Perez se opuso fuertemente al saberlo; y usando de sus derechos de padre, prohibió que se violentase á la hija que adoraba. Era tarde ya: la infeliz doncella, testigo de las desgracias de su familia, no se atrevia á rechazar la mano de un hombre cuya influencia podia salvarla ó perderla. Dió su consentimiento al fin, y lánguida, enferma y melancólica, sucumbió á la tristeza que la agobiaba. Profundamente afectado con este golpe, buscó Antonio Perez en la religion los consuelos que le negaba el mundo. Los trabajos y los años iban acabando con su brillante imaginacion: desesperanzado de volver á España, pidió de nuevo á Enrique IV el goce de la pension que le concediera; pero los tiempos eran otros: entretuvieronle con buenas palabras los ministros, y distraido con nuevos cuidados no se ocupaba el monarca de él. Obligado al fin por la nece-

sidad, hizo almoneda de su coche, alhajas y muebles, retirándose á la celda de su confesor.

Suspirando siempre por la rehabilitacion de su nombre, vió partir para Madrid á D. Baltasar de Zúñiga, encargándole con lágrimas en los ojos que hablase á Felipe III. Viendo entretanto de limosna, pasando apuros y sufriendo humillaciones, se alojó en un aposento de la calle de Cerisaye, á donde iban á acompañarle en sus enfermedades algunos españoles, y entre ellos Manuel don Lope y su constante amigo Gil de Mesa, gentil hombre, por su favor, de la casa del rey de Francia. Iban y venian las cartas de doña Juana Coello, creando y deshaciendo alternativamente esperanzas venturosas: desesperado al fin en su abandono, escribíale aconsejándole que se escapase llevando consigo lo que pudiese, para comprar una casita retirada, y vivir olvidados juntos: «que de mi alma, dice, no dudaria tanto, muriendo en los brazos de v. md. á la vista de esos hijos». Tuvo en tanto carta de D. Baltasar de Zúñiga, asegurándole la buena disposicion del rey residente á la sazón en Lerma, quien, atento á sus súplicas, respondió que llevaria á Paris su contestacion el embajador nombrado, don Pedro de Toledo.

Era á mediados de 1608: Gonzalo Perez estaba citado en Roma á la vista de su causa, y pidió licencia al duque de Lerma para



comparecer ante su Santidad, deteniéndose en París: concediósela el ministro de buen grado, encargándole que expresase á su padre su gratitud por el *Norte de Principes* que á su deseo y para su uso habia compuesto. Púsose en camino y halló en San Sebastian á D. Juan de Idiáquez, quien, como si nada hubiese pasado entre ellos, dióle para el proscrito mil encargos afectuosos con protestas de invariable amistad. La vista de su amado hijo reanimó el espíritu abatido de Antonio Perez, y las aventuras que de la corte le referia, el buen aspecto que presentaban sus negocios, le hicieron aguardar con impaciencia la venida del nuevo embajador. Llegó al fin D. Pedro de Toledo; y al visitarle D. Gonzalo, oyó de su boca cumplimientos de graciosa cortesanía; aseguróle que á no ser por los escritos de su padre hubiera alcanzado mucho tiempo antes su perdida altura, pero que la irritacion del Santo-Oficio paralizaba la buena voluntad del rey. El recibimiento que hizo D. Pedro al anciano é indigente ministro fué ostentoso, dándole las mayores esperanzas y aconsejándole que escribiese á su antiguo amigo el duque de Lerma: llevóle la carta en 9 de agosto Antonio Perez, y el embajador mismo corrigió algunos periodos, reformando su sentido para que hiciesen mas impresion en el ánimo del privado. Quejábase de que se hubiese retirado un día sin verle,

por estar en conferencia con el nuncio de su Santidad y embajador de Flandes, pareciéndole mal que un ministro tan hábil y experimentado reparase en interrumpir conversaciones diplomáticas. Sea que no le descubriese como esperaba secretos de la corte francesa, sea que tuviese malas noticias de su lealtad, la buena disposicion de D. Pedro cesó repentinamente hácia Antonio Perez: llególe casi á echar de su casa, rogándole en seco tono que no le importunase con sus súplicas; y al presentarse otro día D. Gonzalo con un billete de su padre delante del embajador de Austria se lo devolvió sin abrirlo.

Mucha impresion causaron estos desaires en el ánimo del infeliz emigrado: y como para humillacion mayor, ocurriósele enviar dos ejemplares de sus *Relaciones* á los marqueses de Cerralbo y de Tavera, recien llegados por entonces á París: diéronle las gracias estos señores en atenta y cariñosa esquila; pero á los veinte dias halló Antonio Perez en su casa devueltos los libros, con una carta concebida en estos términos.

«Señor: v. mrd. debió de saber con cuanta lástima llegamos á este reino de los trabajos que v. m. padece fuera del nuestro; pero ha querido quitárnosla «con que veamos sus libros, que «en ellos no cabe; y assy se los volvemos á v. m. á quien guardo «Dios.—De la posada hoy martes.—



«El marqués de Cerralbo.—El marqués de Távora.»

Y en una hoja blanca que precedía al índice de uno de los ejemplares, al fin de una carta á los curiosos que no contiene parte alguna de historia, habia escrito de su puño el marqués de Cerralbo los renglones siguientes: «Caminando en la lectura de este libro de v. m. con la indignacion que podia criar en un pecho leal y en una vena de mi sangre la descompostura con que v. m. habla de las acciones de su príncipe (y tal príncipe), he llegado hasta aquí, donde he hallado lo discurso de esta autoridad con que v. m. le remata, pues habiéndole escogido el que escribe el libro para fin de él, parece que disculpa todo lo escrito: y en fé de que es última voluntad, merece que le pasemos por descargo de conciencia y medio para perdon.» En su estado miserable, estas humillaciones entristecian cada vez mas el carácter de Antonio Perez: sus achaques le aquejaban; obligábale su pobreza á recurrir á la caridad de sus amigos. En medio de sus disgustos, corriente el año de 1610, tuvo el consuelo de ver asegurada la subsistencia de su familia por medio de una pension de ochocientos escudos que señaló a doña Juana Felipe III: aquel mismo año fué asesinado Enrique IV en París; y este acontecimiento, quitándole su único aunque ya tibio protector, le hizo entregarse mas asiduamen-

te á la devocion y á la melancolia.

Contaba ya setenta y un años; y aunque en edad tan avanzada, esperaba aun pasar los Pirineos y dejar sus huesos en un rincon de su tierra nativa. Todas sus meditaciones se concentraban en este único pensamiento. Escribia al duque de Lerma sin recibir contestacion, y entendíase con fray Francisco de Sosa, general de la orden de religiosos observantes, obispo de Canarias, y consejero de la Inquisicion, para que, alcanzándole un salvo conducto del consejo de la suprema, pudiera presentarse voluntariamente al Santo Oficio, sin temor de ser entregado luego á la jurisdiccion real y á la sentencia del proceso de Madrid. — Partió Gonzalo para Roma, prometiendo á su padre interesar al Papa en su favor, ayudado por el Nuncio y el banquero Teregli que le proporcionaron eficaces recomendaciones.

Aislado y echando de menos á su hijo, agoviado con los años y los achaques, sumido en la indigencia, sin otro amparo que la caridad de algunos benévolos personajes y los ausilios de Gil de Mesa, buscado por acaso y atendido todavia, Antonio Perez no halló otro consuelo á su infortunio que los deberes religiosos. Cuando sus males le permitian salir, dirigíase á su parroquia de San Pablo ó á la iglesia de los Celestinos, donde pasaba largas horas rezando



ó frecuentando con devota atencion los sacramentos; otros dias, encerrado en el oratorio que habia establecido en su casa con autoridad pontificia, entreteníase en meditar las Santas Escrituras á que fué desde su juventud singularmente aficionado.—Contestó á sus cartas el obispo Sosa en 29 de julio de 1561; y siguiendo su parecer, representó el proscrito en 22 de setiembre al consejo de la Inquisicion allanándose á presentarse en las cárceles del Santo Oficio, en Zaragoza ó Barcelona, si se le daba un salvo conducto para volver á Francia, acabada la causa religiosa cuyo fallo no temia. Antes de recibir contestacion, cayó postrado en cama desahuciado por los médicos: Manuel don Lope y otros españoles residentes en París le asistieron con esmero y solicitud cariñosa: no se movió de su lado fray Andrés Garin, religioso dominicano, en los últimos ocho dias de su enfermedad, confesándole y preparándole á morir: el pensamiento de su infeliz familia, la infamia que á sus hijos legaba, venian á distraerle con acerbos sufrimientos de sus servientes devociones. El 3 de noviembre de 1611, conociendo su fin cercano, dictó con trémula voz á Gil de Mesa el siguiente documento:

«Declaracion hecha por mí, Antonio Perez, á la hora de mi muerte, á la cual no pude escribir de mi mano por hallarme fatigado en tal apaso, y por esto rogué á Gil de

«Mesa la escribiese de la suya en «la forma y tenor que yo le fuese «diciendo.—Por el paso en que es- «toy, y por la cuenta que voy á dar «á Dios, declaro y juro que he vi- «vido siempre y muero como fiel y «católico cristiano; y de esto hago «á Dios testigo. Y confieso á mi rey «y señor natural, y á todas las co- «ronas y reinos que posee, que «jamás fuí sino fiel servidor y va- «sallo suyo; de lo cual podrán ser «buenos testigos el señor Condes- «table de Castilla, y su sobrino el «señor D. Baltasar de Zúñiga, que «me lo oyeron decir diversas veces «en los discursos largos que tuvie- «ron conmigo; y los ofrecimientos «que muchas é infinitas veces hice «de retirarme á donde me manda- «se mi rey á vivir y morir como «fiel y leal vasallo. Y ahora últi- «mamente, por mano del propio «Gil de Mesa y de otro mi confi- «dente, he escrito cartas al supremo «consejo de la inquisicion, y al «ilustrísimo cardenal de Toledo, In- «quisidor general, al señor obispo «de Canarias de la general Inquisi- «cion, ofreciéndoles que me pre- «sentaria al dicho Santo Oficio para «justificarme de la acusacion que en «él me habia sido puesta; y para «esto les pedí salvo conducto; y «que me presentaria donde me fue- «se mandado y señalado, como el «dicho señor obispo podrá atesti- «guar. Y por ser esta la verdad, «digo que si muero en este reino «y amparo de esta corona, ha sido



«á mas no poder, y por la necesidad en que me ha puesto la violencia de mis trabajos, asegurando al mundo todo esta verdad, y suplicando á mi rey y señor natural que con su gran clemencia y piedad se acuerde de los servicios hechos por mi padre á la Magestad del suyo y á la de su abuelo, para que por ellos merezcan mi muger é hijos huérfanos y desamparados que se les haga alguna merced, y que estos afligidos y miserables no pierdan, por haber acabado su padre en reinos estraños, la gracia y favor que merecen por fieles y leales vasallos, á los cuales mando que vivan y mueran en la ley de tales. Y sin poder decir mas, la firmé de mi mano y nombre en París á 3 de noviembre de 1611.»—Fatigado con este esfuerzo, apenas pudo incorporarse y firmar; recibido el viático y la estremación, abrazó á su confesor y á Gil de Mesa, murmuró en voz baja fervientes oraciones, pronunciando á ratos el nombre de sus hijos ausentes; y á los pocos instantes no existía.

Así, á los setenta y dos años de su edad, fatigado el cuerpo por las dolencias y devorada el alma por intensas amarguras, falleció el célebre ministro de Felipe II. Escaso acompañamiento condujo su cadáver al claustro de los Celestinos, donde fué depositado: celebróse humilde funeral en la vecina iglesia á que asistieron algunos mendigos con ha-

chas y blandones; y luego quedó completamente olvidado en tierra estrangera el cuerpo de uno de los hombres que, por sus desgracias y raras aventuras, han ocupado por mas tiempo la atención de sus contemporáneos.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

REFLEXIONES SOBRE HOMERO Y LA TRAGEDIA GRIEGA. CARACTERES DISTINTIVOS DE LA LITERATURA ANTIGUA Y MODERNA.

(Conclusion.)

Luego pues que la tragedia griega, abandonando la sátira licenciosa y las groseras farsas de las fiestas de Baco, vistiése el manto y la púrpura real en las composiciones graves, magestuosas y profundas de Esquilo, reprodujo en mas fuerte y dramático tono las poéticas tradiciones, los grandes crímenes, y terribles infortunios inmortalizados en la Odisea y la Iliada de Homero.

Y como el delicado gusto del pueblo ateniense, entusiasmado á la sazón con las esclarecidas victorias de Maraton, de Salamina y de Platea, oyera con poético transporte á la musa noble, guerrera y elevada de Esquilo, y embriagado de placer corriera trece veces á coronar su jenio, la rica y dramática imaginación de Sófocles y Eurípides halló en la misma carrera abundante mies de gloria y de laureles que coger. Por ello son tan uniformes y casi idénticos los objetos tratados por los tres poetas, sin que entre ellos haya otra diferencia que la que es resultado natural de su diverso ingenio y de la perfección sucesiva del arte. Empero las hazañas y hechos mitológicos de los dioses y héroes de la Grecia, la fatalidad del destino pesando sobre la maldicienda raza de Layo, los memorables su-



gesos, grandes trímenes y señaladas desgracias, que precedieron y siguieron á la destruccion de Troya y de la numerosa familia de Priamo, formaron siempre el cuadro animado, lúgubre y á veces desolador de las tragedias griegas. Singular fortuna fue para las glorias literarias de Atenas, y mas tarde para la escuela francesa, que esta época altamente dramática tuviese por representantes á talentos de tan subido orden; y que los objetos bosquejados por Homero fuesen despues pintados con mano maestra y atrevido pincel por los trágicos griegos. No ha contribuido ello poco á la veneracion de la antigüedad por los preceptistas y al noble orgullo de la escuela clásica; y si bien las estrictas teorías de esta sobre la literatura y las bellas artes suponen no conocer bien lo que constituye su fondo y esencia, y el caracter y recursos poéticos de la civilizacion moderna; hay mucho de excusable en su respeto á los grandes modelos de la Grecia: y nosotros á quienes profundas convicciones separan de aquella, somos sin embargo fuertemente clásicos en el elogio y apasionada admiracion de Homero y de los trágicos griegos. Mas en nuestro ardiente entusiasmo no avanzaremos jamas hasta el punto de señalar á la tragedia griega como el modelo inimitable del drama, ni menos cremos, como gratuitamente se ha supuesto, que aquella ofrece una marcha uniforme en la parte artística, ó en lo que constituye el desempeño de la composicion dramática. En una sola cosa se asemejan los trágicos griegos, y llegaron á una perfeccion difícil de ser imitada: en la revelacion y pintura de todo lo que puede haber fuerte, profundo y vehemente en las pasiones, ó en una situacion dada.

Cuando Esquilo, Sofocles y Euripides describen la situacion trágica de sus héroes, ó una de las grandes pasiones del corazon humano, no parece sino que dan á los primeros cierta inmovilidad, como para hacerles mas sentir

el dolor y el infortunio, para concentrar todas las facultades sensibles del alma y arrancar de esta todo lo que hay mas oculto en su profunda y misteriosa organizacion. Los poetas griegos supieron pintar admirablemente una situacion ó una pasion; jamas lo que en la literatura moderna llamamos un caracter. Hay pues ya en la tragedia griega lo que mas tarde se ha reprehendido con razon á las composiciones clásicas modernas: falta de vida, de animacion, de movimiento dramático. Esta sencillez y estricta unidad de la accion y del tiempo hacia muy difícil el contraste de las situaciones, la suspension de afectos, el drama; y para conmover asi al espectador, necesario es un gran genio de parte del poeta; pues que se ve obligado á pintar de un modo mas enérgico la situacion de un personaje, y á atraer el interés, acortando el cuadro dramático, pero haciéndole mas vivo. Empero lejos de que esta marcha contribuyese al mayor efecto de las tragedias griegas, perjudicoles notablemente. Los *Coeforos* de Esquilo seria una pieza de mas subido mérito y mucho mas dramática, si en vez de presentar simplemente el sepulcro de Agamenon, las libaciones de Clitemnestra y el encuentro de Orestes y Electra, hubiera pintado los desórdenes del palacio del primero, la perfidia y amor criminal de su esposa y de Egisto, el asesinato de Agamenon, la justa venganza de Orestes, su furor y sus terrores. Y tan cierta es esta observacion, del mismo modo que la diferencia antes indicadas en el desempeño de la composicion dramática por los tres poetas, que Esquilo mismo aumentó el número de los personajes de sus tragedias imitando á Sofocles; y que las de Euripides á pesar de su tinte filosófico y de su mania de declamar, son mucho mas dramáticas que las de sus antecesores, porque el número de personas y sucesos es mayor, llegando en *Hécuba* y en el *Hipólito* hasta á haber dos acciones. Las uni-



dades pues, que se han supuesto sancionadas por el ejemplo de la tragedia griega, no son ciertas rigurosamente sino con respecto á Sófocles, y tenían además una esplicacion en la nacionalidad griega y en la representacion teatral.

A pesar de cuanto se ha dicho por filósofos y demagogos modernos, la antigüedad griega no solo no conoció, sino que negó y ahogó la libertad, la individualidad. En su vida religiosa é íntima, la indomable fuerza del destino perseguía por do quiera la condicion del hombre, y en la vida pública la adhesión á la patria le absorbía enteramente, y tendía á destruir su existencia individual. Dogmas eran estos que daban cierta unidad é inamovilidad á las costumbres de los antiguos; y no es por ello extraño que las trajédias griegas reflejasen lo que habia mas íntimo y profundo en sus creencias y nacionalidad.

Por otra parte, la no interrupcion de la representacion obligó á los trágicos griegos á inventar el falso artificio del coro, y hacia imposible el continuado cambio de lugares, personas y sucesos; de suerte que lo que se ha creído resultado de la perfeccion del arte, no lo era sino de las creencias religiosas y políticas de la Grecia, y del estado y desempeño material de la representacion. Cuando pues el clasicismo moderno, llevando su amor á la antigüedad griega hasta una veneracion servil, elevó al rango de dogmas literarios las unidades de Sófocles, desconoció completamente el carácter y creencias de la nacionalidad griega, y la nueva civilizacion y literatura formada por el cristianismo y las costumbres de los pueblos del Norte. El primero cambió la vida religiosa de los hombres, dando mayor energía á todo lo que es noble, moral, íntimo y profundo en el alma; y las segundas despertaron poderosamente el sentimiento de la independendencia y del individualismo y tributaron una especie de culto poético al honor y al amor. Por eso tambien, la antigüedad griega que supo

pintar admirablemente la amistad formada por la desgracia y honrosos recuerdos en *Pilades y Orestes*, y que en *el Hipólito*, en *Alceste*, en *Ifigenia en Aulides*, en *Hécuba* y en *las Fenicias* de Eurípides realzó la dignidad y la grandeza de la muger en todas las acciones dependientes de sus deberes filiales y conyugales, no acertó jamás á describir el honor y el amor. La fidelidad de los compañeros de batalla, el pundonor del caballero, la deferencia romancesca hácia el bello sexo, la delicadeza y alta poesia con que fue considerada la muger, rasgos que constituyen á la edad feudal y de las cruzadas, la época verdaderamente poética de la Europa, y que inspiraron á sus mas privilegiados ingénios, fueron desconocidos de los griegos. Asi pues, una distancia inmensa, y aun una oposicion profunda separa la literatura antigua de la moderna. La mitologia y el poder terrible y misterioso del destino, fueron los grandes recursos poéticos y dramáticos de los antiguos; al paso que la religion, el honor y el amor ofrecieron teatro mas rico y variado á la poesia moderna. En vano se repite la máxima vulgar de que las leyes de la naturaleza son inmutables, y que hay un fondo uniforme en la del hombre. Nosotros creemos en las primeras, y hasta cierto punto en lo segundo; pero nos hallamos íntimamente persuadidos que lo que constituye la esencia de la poesia y de las bellas artes, es ideal, infinito, y de suyo indefinible; y que el cristianismo y las costumbres de los pueblos del Norte cambiaron no solo la vida exterior del hombre, sino lo que es profundo é íntimo en la misma, eso que se llama fondo inmutable de la naturaleza.

Debe haber por lo mismo una literatura antigua y una literatura moderna; y estas ser no solo diferentes en las formas artísticas si que en su esencia. En lugar pues, de perdernos en esas denominaciones vagas de escuelas y literaturas



clásica y romántica, juzgamos que concluirían las interminables disputas sobre su respectivo mérito si se examinara filosóficamente la poesía y civilización antigua, la poesía y civilización moderna. Fácil sería entonces convenir con los clásicos en admitir ciertas reglas en lo que el arte tiene de material, de ejecución y de combinación, desecharlas en lo demás, apreciar el valor de las dos escuelas y señalar un camino que sirviese de inspiración y guía á los poetas y artistas. Por lo que hace á nosotros, creemos solemne anacronismo, y errada é infecunda vía, querer reproducir en la literatura moderna los objetos y formas artísticas de la antigua; y como nos ha-

llamos intimamente persuadidos que la edad feudal es la edad poética de los modernos; que las cruzadas son para la Europa lo que la guerra de Troya fué para Homero y los poetas griegos, abrigamos en nuestro corazón ardiente y puro entusiasmo hacia las creaciones del Dante, del Taso, Ariosto, Calderón, Rojas, Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Walter-Scott, Lamartine y Chateaubriand; y á decir verdad, nos causan débil y monótona impresión las tragedias de Racine y Voltaire, infiel y borrada parodia de las tragedias griegas.

FERMIN GONZALO MORON.

## FIN DEL TOMO PRIMERO.





# ÍNDICE

DE LOS ARTICULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.



	PAG.
—Objeto á que deben dirigirse los individuos, las naciones y la humanidad.	1
—El Príncipe D. Carlos de Austria, (art. 1.º)	4
—El ánima de mi madre, (art. 1.º)	10
—Agonias de la corte, (art. 1.º)	13
—La toma de Granada, (poesía)	18
—El angel y el poeta, (poesía)	23
—El príncipe D. Carlos de Austria, (art. 2.º)	25
—El ánima de mi madre, (art. 2.º)	31
—Lo que vale la vida.	35
—Dios los cria y ellos se juntan, (crítica)	41
—La hoja marchita, (poesía)	43
—El príncipe D. Carlos de Austria, (art. 3.º)	45
—El ánima de mi madre, (art. 3.º)	51
—La indolencia, (poesía)	56
—Sucesiones, (poesía)	58
—La educacion en España.	61
—Romances históricos de don Angel Saavedra (crítica).	67
—Agonias de la corte (art. 2.º)	69
—La luz del crepúsculo.	73
—A la traslacion de las cenizas de Napoleon (poesía).	75
—Movimiento dramático (art. 1.º)	82
—El ánima de mi madre (art. 4.º)	87
—Solaces de un prisionero (crítica).	91
—La inconstancia (poesía).	93
—Movimiento dramático (art. 2.º)	98
—Los bandidos de Andalucía (art. 1.º)	102
—Cuentas atrasadas (crítica).	104
—La inconstancia (poesía).	109
—Movimiento dramático (art. 3.º)	114
—Los bandoleros de Andalucía (art. 2.º)	117
—Los que se dicen fastidiados.	120
—Lázaro el pastor crítica.	120
—A la guerra de Oriente (poesía).	125
—La educacion religiosa.	129
—El sueño de Juan Pablo.	131
—La hija de un pintor (art. 1.º)	135
—Cantos del Trovador (crítica).	137
—La caída de las hojas (poesía).	139
—A Judea (poesía).	141
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (introduccion).	148
—Educacion física.	154
—La hija de un pintor (art. 2.º).	154
—Quien mas pone pierde mas (crítica).	156



—Olas sin murmullo (poesía).	159
—A la revista de teatros.	161
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 1.º).	161
—La visita nocturna.	168
—Una audiencia (poesía).	173
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 2.º).	177
—A la revista de teatros.	183
—Un baile en el barrio de S. German en Paris (artículo 2.º).	188
—El alma desterrada (crítica).	193
—Balada alemana (poesía).	195
—Estados históricos sobre Antonio Perez (art. 3.º).	197
—Novedades teatrales (crítica).	204
—Exhumacion y traslacion de los restos mortales de Calderon de la Barca.	206
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 4.º).	213
—Un baile en el barrio de S. German de Paris (artículo 2.º).	222
—El monarca y su privado (crítica).	250
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 5.º).	229
—Educacion moral.	236
—¡Que hombre tan amable! (crítica).	241
—El Iris (poesía).	244
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 6.º).	245
—El Veterano.	252
—De gustos no hay nada escrito (letrilla).	258
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 7.º).	261
—El resentimiento de un contrabandista.	269
—D. Rodrigo Calderon (crítica).	273
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 8.º).	277
—Maquiavelo como poeta dramático.	285
—A la Luna (poesía).	287
—Novedades teatrales (crítica).	289
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 9.º).	293
—Escenas de la guerra civil (poesía).	302
—Gustavo Wasa (crítica).	304
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 10).	309
—Escenas de la guerra civil (poesía).	316
—Una visita nocturna.	317
—Teatro de la Cruz (crítica).	321
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 11).	325
—Dos visitas al Principe de la Paz.	332
—Reflexiones sobre Homero y la tragedia griega (art. 1.º).	340
—Teatro del Principe (crítica).	342
—Salmo; imitacion de David (poesía).	343
—Estudios históricos sobre Antonio Perez (art. 12).	346
—El Cid (fragmento de un poema inédito).	356
—Crítica teatral.	359
—Estudios históricos sobre Antonio Perez, (art. 13).	361
—Idem (art. 14.)	368
—Idem (art. 15.)	375
—Reflexiones sobre Homero y la tragedia griega, (art. 2.º).	385